

DOCUMENTO

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DEL CARIBE

No 16



Postrimerías de
Julio Flórez

SERIE
DOCUMENTO

16

«*Postrimerías de
Julio Flórez*»

Consejo Editorial

Dr. Mario Ceballos Araújo
Rector Fundador

Dr. tamid Turbay Echeverría
Rector Ejecutivo

Dra. Silvia Gette de Ceballos
Vicerrectora

Texto y fotos históricas
Dr. Alfredo De la Espriella

Edición General y Diseño
Anuar Saad Saad

Armada
Carlos Ruiz Barraza

Montaje
Julio Chávez

Prensa
Gilberto Novoa

Otra publicación de
Editorial Uniautónoma

Editado por el Centro de
Publicaciones e impreso en
la Litografía de la
Universidad Autónoma del Caribe

**Barranquilla,
Febrero del 2003**



Julio Flórez: 80 años de su muerte

El poeta chiquinquireño, quien se radicó en Usiacurí, pueblo donde moriría hace 80 años, se mantiene vivo en el corazón de todos los amantes de la poesía. Un homenaje para el bar-do del pueblo.

Postrimerías de Julio Flórez

Por Lorenzo J. Casalins R.
Presbítero

Introducción

Ha querido la Universidad Autónoma del Caribe asociarse al homenaje que se rinde a la memoria del poeta boyacense Julio Flórez con motivo de conmemorarse los 80 años de su muerte ocurrida el 7 de febrero de 1923 en Usiacurí, reeditando este opúsculo memorable del cual es autor el sacerdote costeño, oriundo de Sabanagrande y párroco de Baranoa -Lorenzo Casalins- quien compartió los últimos días del bardo en su refugio de Usiacurí. A quién casó, bautizó a sus hijos y administró la extremaunción, aliviando su alma de las dolencias espirituales que padecía el vate de «Altas ternuras» por su indiferencia religiosa.

Testimonio noble de un apostolado cual hizo de su vida ejemplar un sacerdote cuya misión fue siempre admirada por el celo de sus propósitos. Uno de los cuales, éste, cumplido en las postrimerías del poeta agonizante constituye uno de los más edificantes atributos de sus virtudes.

Sencillamente, un relato cordial, humano, que recoge en la intimidad de sus confidencias la parábola vital del cantor de «Resurrecciones», en su lecho de muerte ya, en aquel momento final de su vida tormentosa cuando abriendo la ventana de su cuarto exclamara dándole un beso al crucifijo: «Oh, ¡...Cuán grande es el universo!»

Tres lustros y medio han pasado desde que se esfumó la vida interesante del más popular de los poetas modernos colombianos. A medida que los años van cabalgando en la carroza del tiempo y se van alejando del siete de febrero de mil novecientos veintitrés, día en que murió Julio Flórez, fulge con mayor esplendor la figura del cantor de La Araña e «Idilio Eterno». Es que la muerte y el tiempo son los dos grandes crisoles al través de los cuales irradian depuradas las actuaciones de los verdaderos valores humanos. Por eso, con verdad luminosa, dijo el genio de Rafael Núñez: «A la manera de las montañas los grandes hombres requieren ser vistos de lejos, para que sus asperezas no se noten con claridad excesiva».

En una de mis visitas le sugerí la idea feliz de que hiciera bautizar sus cinco retoños el día de la coronación, cerrando con broche de oro diamantino, la merecida apotheosis.

Como tema preferido de mis entrevistas con el insigne bardo, escogí la poesía. El me recitaba sus mejores composiciones ya publicadas o inéditas. A mi turno le recitaba las mías o de otro colombiano. Así fueron cordializando nuestras relaciones amistosas, cada día más y más, pues nada hay tan decisivo para engendrar un mundo de simpatía entre dos seres, como estar identificado con el culto y veneración a un mismo ideal. Un día en que me penetré más de cerca cuánto sufría, a manera de lenitivo espiritual, le recité esta cristiana composición de Adolfo León Gómez titulada «Angustia»:

Bien lo sabes, señor, estoy conforme
con mi suerte, mi cruz y mi tristeza.
Esa es la voluntad, y yo me inclino
doblegando en silencio la cabeza.



Julio Flórez, en una fotografía pocos años antes de morir

Pero hay horas, hay horas tan tremendas
de tortura, de tedio y desvarío
que cómo no exclamar, si tú exclamaste
pase de mí este cáliz, ¡oh Dios mío!

Sudor de sangre te tiñó la frente
al pensar en tu próximo suplicio;
que mucho pues que el sudor de mi alma
sienta ya que se inunda mi cilicio?

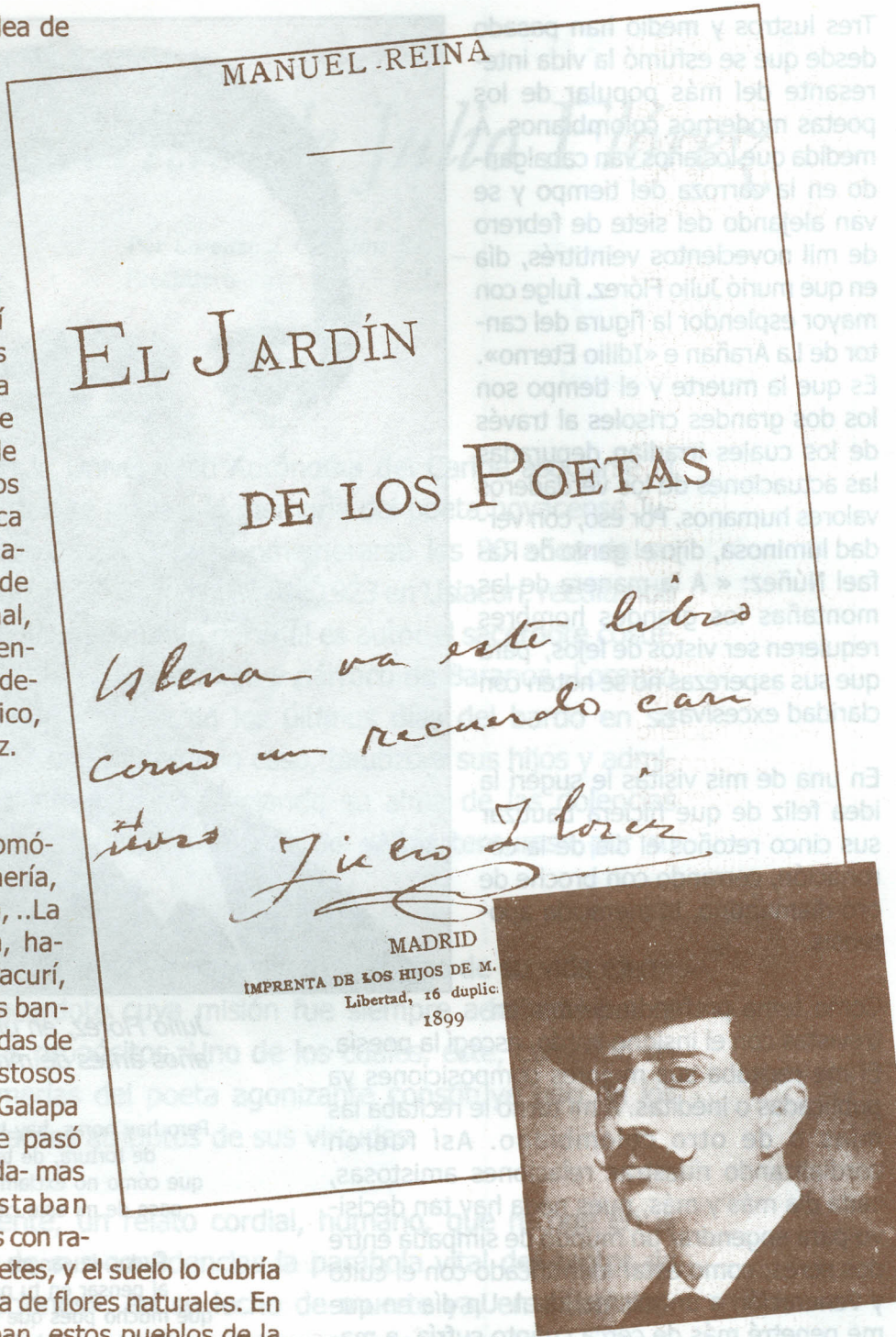
Un ángel de los cielos te envió el Padre
para confrontar tu ánimo. ¡oh Jesús!
El coro angelical para mí es poco;
confórtame tú mismo en esta cruz.

Al terminar la recitación se incorporó en su lecho como movido por un resorte mágico y me dijo entusiasmado, «Adolfo León Gómez fue el

primero que lanzó la idea de mi coronación en Bogotá»

Y se deshacía en elogios para con ese altísimo poeta, hermano suyo dos veces: en el arte y en el dolor. Así fueron deslizándose los días hasta que llegó la fiesta de la coronación de Julio Flórez, el catorce de enero de mil novecientos veintitrés. Fiesta blanca como la denominó bellamente Jorge Maeus, de gran resonancia nacional, llevada a cabo por el entonces gobernador del departamento del Atlántico, Gral. Eparquio González.

Más de doscientos automóviles, en ordenada romería, salieron de Barranquilla, ..La Sultana del Magdalena, hacia el balneario de Usiacurí, portando sus ocupantes banderas, coronas y guirnalda de variados, colores y vistosos matices. Las calles de Galapa y Baranoa, por donde pasó esta regia caravana de damas y caballeros, estaban lindamente engalanadas con ramos, festones y gallardetes, y el suelo lo cubría una gigantesca alfombra de flores naturales. En esta forma testimoniaban, estos pueblos de la Costa, su cariño y admiración para con el vate nobilísimo, que con su lira de oro llevó, más allá de los linderos patrios, el nombre dulce de Colombia. En las horas de la mañana, de ese día inolvidable en los fastos de la Patria, llegó de Usiacurí a Baranoa, enviado expresamente por Julio Flórez, el carruaje del gobernador, a fin de que en él fuera a bautizarle sus cinco hijos.



Fotografía tomada durante una gira que el poeta realizara por México, España y Centroamérica.

El automóvil de la primera autoridad del departamento, estaba lujosamente envuelto en el manto de iris de la bandera colombiana.

Consideré este gesto del aeda coronado, como una deferencia especialmente marcada, con el sello de nobleza e hidalguía, que saben imprimir á todos sus actos las almas grandes. Otro gesto hidalgo de «el divino Flórez» como lo llamará el numen sol de Guillermo Valentía, y que nunca he olvidado,

es que haciendo su testamento, en vísperas de su coronación y estando presentes sus albaceas, ordenó que en ese instrumento pusieran que el Padre Casalins sería quien bautizaría sus niños. A lo cual replicó uno de los asistentes que en Usiacurí estaba, un sacerdote temperando y no había necesidad de molestar al párroco, haciéndolo venir de Baranoa; pues, bastaba con pedirle la facultad y, el sacerdote temperante, podría bautizarlos. «Ni aun cuando otro tenga la facultad, será el Padre Casalins el que bautizará mis hijos», respondió Julio Flórez.

Y así salió publicado en el testamento. A las tres de la tarde, del mismo día 14 de enero, se cerró con broche de diamante, la coronación de Julio Flórez, por medio del bautismo solemne de sus cinco retoños. En efecto, salieron de la estancia del poeta en dirección a la Iglesia parroquial de Usiacurí, los padrinos y madrinan, con los bautizandos, seguidos de un numerosísimo acompañamiento que iba a presenciar la ceremonia bautismal. Estando en el templo, la hija primogénita del apolonida coronado, fue bautizada con el nombre de Evangelina Cielo, por llamarse Evangelina la



mayor de las hermanas de Julio Flórez; la segunda recibió el nombre de Lastenia Divina, por haberse llamado Lastenia otra hermana del bardo; la tercera se llamó Dolores Lira, por ser de nombre Dolores la madre de Flórez.

En cuanto a los dos varones se bautizó el mayor, llamándosele León Julio y, el último de todos, Hugo Policarpo. Pues, como me decía Julio Flórez: llamé Hugo a uno de mis hijos, por haber sido yo siempre un admirador de Víctor Hugo. Se le agregó, en el bautismo, Policarpo por ser éste el nombre del padre de Julio Flórez. Una vez terminados los bautizos me fui en compañía de los padrinos y madrinan y de toda la concurrencia, a la morada del coronado bardo.

Allí lo hallamos rodeado de muchísimos amigos, esperando la llegada de los recién bautizados. Recuerdo, como dato muy simpático, que a causa de aquel oleaje humano que se movía en torno del meritorio enfermo, doña Petrona Moreno, complacida por el bautismo de sus hijos, me invitaba a entrevistarme inmediatamente con su es- poso, dándole cuenta de la ceremonia bautismal. En vista de que materialmente era imposible, desde el patio donde me en-



Casa en Usiacurí donde se refugió y murió el poeta Julio Flórez

contraba, llegar hasta él, por la malla de personas que se interponía, le contesté: no quiero ir ahora por no molestar a don Julio y como si el rumor intenso del gentío no fuera bastante para impedirle darse cuenta de lo que de lejos se decía, contestó desde su alcoba, en alta voz: «Entre Padre, que usted nunca me molesta».

Seguidamente pasé a su dormitorio llevándole hasta su cama a su hija menor y, en forma de charla, le dije: don Julio, ésta se llama ahora Dolores Lira y, a causa de su enfermedad, se ha trocado para usted en una lira dolorosa o adolorida.

Unos instantes después salí del aposento y me fui a estacionar frente a la mansión del poeta,

a fin de recibir aire más fresco.

Allí encontré a mi amigo el doctor Santiago Rozo en unión de otros caballeros, venidos de Barranquilla. Como el doctor Rozo es un cristiano práctico, y sabía que Julio Flórez aún no le había confesado, durante su enfermedad, me dijo que le parecía conveniente llamar a José Joaquín Casas, Gómez Restrepo u otro de los grandes intelectuales católicos de Bogotá. amigos de Flórez, a fin de que vinieran a visitarlo y ellos, sin duda, conseguirían que se confesara antes de morir. A lo cual le respondí: la conversión de un hombre no es obra de hombres sino de Dios; yo obtendré la conversión de Julio Flórez por medio del Corazón de Jesús.





Esta foto registra el último adiós al poeta chiquinquireño que murió en su casa de Usiacurí.

En ese momento una señora que seguramente se estaba dando cuenta de nuestra conversación, lanzó este grito de fe: «Qué importa que sea coronado en la tierra si no es coronado en el Cielo». Oída esta expresión inesperada, me despedí del grupo de amigos y luego del coronado enfermo y de toda su estimable familia. Me pareció en esa hora, que Julio Flórez a causa del mal que padecía, no se sentía el hijo de Apolo cuya frente había sido coronada poco antes con los lauros de la gloria, sino como un Prometeo coronado de penas, en la cima del Cáucaso. En él se cumplió otra sentencia del estadista Nuñez: «Con la doble corona de laurel y espinas, place al destino misterioso circuir la cabeza de los grandes hombres.»

Me regresé a Baranoa. al anochecer del fastuoso día 4 de enero de mil novecientos veintitrés, acariciando en mi mente la idea de cómo haría para obtener del Corazón de Jesús la vuelta de Flórez a la Iglesia, por medio de una since-

ra confesión.

Al día siguiente, 15 de enero, hice al Corazón de Jesús la siguiente petición y promesa: Corazón de Jesús, tú eres el único que puedes cambiar el corazón de los hombres, te ofrezco la misa de mañana 16 y las oraciones todas de este día, con tal que me concedas la gracia especial de que Julio Flórez no muera impenitente. Efectivamente, el 16 de enero, o sea el tercer día después de la coronación, ofrecí la santa misa al Corazón de Jesús y luego me fui en un caballo a Usiacurí. Llevé conmigo varias medallas, unos librillos titulados Llavecita del Corazón de Jesús como también algunas efigies del Libertador Bolívar, pues sabía cuánto rebo-saba de patriotismo el alma delicada de Flórez. Como prueba elocuente de su amor patrio manifestó que como único epitafio se pusiera sobre la losa que cubriera su sepulcro: «Julio Flórez, colombiano».

Todos los objetos piadosos eran para obsequiarlos a los hijos del poeta, ya que el cariño que se profese a los niños, será la mejor moneda para ganar la voluntad y confianza de los padres de familia.

Llegué al balneario antes del medio día. Recé lo mejor posible a fin de alcanzar el favor deseado, esto es, la cristiana muerte de Flórez, recibiendo antes los santos sacramentos.

A las dos de la tarde, hora generalmente tranquila en todo hogar, me fui a la residencia de Julio Flórez. Lo hallé acostado, rodeado de toda su familia. Al saludarlo extendió su mano para corresponder a mi saludo. Esto siempre lo hacía, porque nunca se limitaba a contestarme de viva voz, sino alargándome su diestra y siem-

pre dibujándose, en su rostro, la alegría que le proporcionaba mi visita.

Durante nuestra agradable plática familiar, llegaron a la sala varios amigos suyos de Sabanalarga. El bardo ordenó a la esposa que les recibiera la visita. En seguida aproveché la ocasión, hallándome solo con él, de tratarle nuevamente sobre la conveniencia de la confesión, antes que lo sorprendiera la muerte.

Comenzó con esquiveces y esguinces a mis propuestas. Como altos ejemplos, dignos de imitarse, le recordé que lejos de ser mengua enalteció al padre de la Patria, Simón Bolívar, haberse confesado con Monseñor Estévez, Obispo de Santa Marta y recibiendo la sagrada co-



El poeta hizo cumplir su última volunta en su epitafio: «Julio Flórez, colombiano»

muni6n de manos del párroco de Mamatoco, Presbítero Hermenegildo Barranco, el 10 de diciembre de mil ochocientos treinta, esto es, siete días antes de morir el sol de Colombia, según el patriótico decir del general Montilla.

También se confesó, antes de morir, Francisco de Paula Santander, el alter-ego de Bolívar, con el arzobispo de Bogotá Manuel José de Mosquera. Al traerle a la memoria estas remembranzas históricas, como queriendo de un modo inteligente, evadir el tema de mi conversación, me dijo: Padre, a usted se le ha olvidado cobrarme el valor de mi matrimonio y los bautizos de mis hijos; yo tengo con qué pagarle.. A lo cual le respondí: don Julio Flórez, usted no me debe nada; ruegue a Dios por mi alma. Aquella respuesta él no la esperaba, pues cuando una persona ha perdido la fe, no ve en el sacerdote sino un vendedor de sacramentos. Acto seguido, se deshizo en agradecimientos, poniéndome su habitación y su familia a las órdenes. Seguí insistiendo en la confesión, pero ya no se mostró tan esquivo, y al poco tiempo me contestó: «Padre, yo a usted no le contrarío». Inmediatamente se dispuso a confesarse, quedando sumamente satisfecho y alegre después de su confesión. Alegría tan manifiesta que me recitaba, pletórico de contento, aplicándome los versos que en un soneto había dedicado a Monseñor Maldonado Calvo, obispo de Tunja, cuando en una ocasión este eminente Prelado vino a visitarlo a Usiacurí. Este soneto es el siguiente:

Si todos fueran como tú, si al menos
tuviesen tu bondad y tu cultura,
y al lucro vil y a la soberbia ajenos
mirasen como tú, siempre a la altura

Cómo olvidar, Señor, que del oriente
como la luz, llegaste a mi retiro



a dejar de mis niños en la frente
un beso, un beso que acabó en suspiro

Así señor, así es como se doma
la soberbia aversión, morbosa acaso,
que me inspiran los súbditos de Roma.

Así porque la huella de tu paso
brilla en mi corazón desde que asoma
la noche, hasta que el sol vuelve a su ocaso.

De este sentido soneto los versos dedicados a mí, en son de chanza, fueron estos de «Así, Señor, así era. como se doma, la soberbia aversión, morbosa acaso; que me inspiran los súbditos de Roma».

Al terminar le repliqué, don Julio, deje esos versos para los obispos que son personajes beneméritos, pero el Padre Casalins no vale un bledo.

Después me manifestó que si no se había confesado antes *no* fue por respeto humano, porque siempre había tenido el valor civil de manifestar públicamente lo que sentía.

Mi padre, añadió, era algo indiferente en materia religiosa; pero mi madre era muy cristiana. Mi madre me mandaba a oír misa los domingos y yo, por complacerla, siempre iba». Luego me preguntó si conocía sus libros de versos. Le respondí que sí había leído muchas poesías suyas, pero, no poseía ningún libro. Entonces mandó a la esposa que sacara de un escaparate el libro «Fronda Lírica» donde están impresas muchas de sus más bellas composiciones. Me lo obsequió poniéndome esta agradecida dedicatoria: «A mi amigo inmejorable Lorenzo J. Casalins R., con toda mi gratitud. Julio Flórez. Usiacurí enero 16 de 1923». Recibí la Fronda Lírica como se recibe un trofeo, después de la dura brega de un combate cuerpo a cuerpo en que el vencedor lleva en sus manos la bandera entregada por el adversario.

Pasados unos momentos de emoción intensa le dije: don Julio, usted acaba de confesarse, pero le falta el complemento que es la santa Comunión. Para facilitarle el medio de hacerla con mayor satisfacción de su parte, diré misa aquí en su casa entronizando la imagen del Corazón de Jesús. Precisamente me había sido otorgada, por Monseñor Carlos Valiente, Vicario General, la facultad de decir misa en las casas de familia, siempre que se entronizara en ellas, por primera vez, el Corazón de Jesús. Como no tengo la imagen susodicha, iré a Barranquilla a conseguirla, le dije a Julio Flórez.

Es de advertir que una vez confesado ya no rechazó en adelante, las indicaciones que se le hicieran, relacionadas con el bien de su alma. Antes bien, se le notaba lleno de una extraña complacencia. En esa misma tarde del 16 de enero marché a Baranoa y de ahí a Barranquilla, en busca del cuadro del Corazón de Jesús.



dicéndole que había venido a atender, con mi
 abuelo y a su familia y abuelos y abuelos
 de la universidad, a lo bello.

clime que Julio Flórez había enviado un
 testimonio de Usiacurí haciendo un

Efectivamente, el 17 en la mañana, viajé a la capital del Atlántico. Llegué a mi posada acostumbrada y habiendo dado un corto saludo a mis parientes, salí para el centro de la ciudad. No había caminado mucho cuando ocasionalmente me encontré con la persona que en el día de la coronación del poeta, lanzó la bella expresión: «Qué importa que sea coronado en la tierra si no es coronado en el cielo». Era una señora, no sé todavía por qué la conocí, pues no había logrado verla: únicamente oí sus palabras piadosas. Le di la noticia de que Julio Flórez se había confesado y yo iba a buscar un cuadro del Corazón de Jesús, para entronizarlo en su casa y decirle misa, durante la cual comulgaría.

Al oír esta nueva, la señora se inunda de alegría y me dice: Yo tengo un cuadro del Corazón de Jesús y se lo regalo con sumo gusto». Le di las gracias y la dirección de mi hospedaje para que allá me enviase el cuadro. Cuando regresé ya encontré el deseado encargo. Otro caso digno de notarse ese día, es que la primera familia que visité en Barranquilla fue la del doctor Francisco Carbonell González, mi distinguido amigo y gran admirador del aedo enfermo. Al saber que iba a buscar el cuadro mencionado me dice: Soy yo el que le va a regalar el cuadro del Corazón de Jesús a Julio Flórez y lo pidió, por teléfono, a una de las mejores casas comerciales encargadas de este negocio. Al otro día, 18 de enero, en las horas de la mañana volví donde el doctor Carbonell González por el cuadro; pero aún no se lo habían enviado. Estando todavía en su casa llegó un teniente de la policía de parte del gobernador General González, a decirme que Julio Flórez había enviado un telefonema de Usiacurí pidiendo urgentemente

fueran donde él el General González, el médico doctor Federico Hernández, su hermano Joaquín, el notario y el Padre Casalins. Ante esta llamada obligante, salí en seguida con el teniente que ya tenía allí listo el automóvil de la gobernación. Apenas tuve tiempo para ir por el cuadro del Corazón de Jesús obsequiado por la señora pronunciatadora de la hermosa frase 'Qué importa que sea coronado en la tierra si no es coronado en el cielo; dicho éste que quedó



Doña Petra Moreno de Flórez con sus hijos Leon Julio, Divina Cielo, Lira y Hugo, fotografiados en la residencia de Usiacurí el 14 de enero de 1923 durante la coronación del poeta.

vibrando en mi espíritu como una campana sonora.

Todos los personajes requeridos, con insistencia, por el poeta salimos de Barranquilla a las diez de la mañana y llegamos a las once y media a Usiacurí. Ya en casa de Flórez, el médico y yo nos le acercamos. Él le puso una inyección que lo reanimó bastante. Luego yo lo saludé diciéndole que había venido a atender, con mucho gusto, su llamada y estaba a sus ordenes.

Julio Flórez replicó: «Durante la noche me han dado varios síncope y temo quedarme en uno de ellos; yo quiero. Volverme a confesar. Al momento me senté a su lado para oírlo en confesión.

La puerta del cuarto estaba abierta y desde la sala todos contemplaban este acto consolador y sorpresivo para algunos de ellos pues ignoraban que dos días antes, el 16 de enero, también había confesado.

Mario Vargas Flórez, hijo de Evangelina Flórez y por lo tanto, sobrino del eminente bardo.

Evangelina Cielo Lastenia Divina Flórez, mayores de siete años y bautizadas el día de la coronación de su padre, también se confesaron para hacer su primera comunión y acompañar, junto con los demás familiares y amigos íntimos, al autor de sus días, en su última cena eucarística.

Se inició la entronización del Corazón de Jesús, con un selecto séquito de muchas Hermanas de la Caridad, de la familia Flórez y de un grupo numeroso y distinguido de personas católicas que prestigiaron con su presencia, tan solemne acto. Durante la ceremonia se cantaba a todo pulmón: Corazón santo, tú reinarás, tú de Colombia, siempre serás.

Antes de colocarse el cuadro del Corazón de



Bronce del poeta en los jardines de su casa



El presbítero Lorenzo Casalins, párroco de Baranoa, quien pasara las últimas horas con el poeta, aparece rodeado por el Obispo y miembros del clero ante un retiro espiritual en 1934.

Jesús, en su sitio de honor, lo puse en brazos del poeta adolorido, que lo besó enardecidamente. Después principié la santa misa siendo oída, con suma veneración y fervor, por todos los asistentes. Llegó, por fin, el instante anhelado de la sagrada comunión. ¡Cuán emocionante fue aquel idilio místico en que Julio Flórez, en su lecho de dolor, con su esposa, con sus hijos y parientes y numerosos amigos, recibieron el pan de los ángeles en la inolvidable y poética mañana del 19 de enero de mil novecientos veintitrés. Sí, Cristo Rey entronizado en el corazón y en la casa de Julio Flórez.

Aquí parodiando a la consagrada escritora Juana de Ibarbourou o «Diosa de América» como la ha apellidado ese otro coronado lírida boyacense, Alfredo Gómez Jaime, puedo decir: La impresión de este momento es demasiado

profunda, para que me sea posible trasformarla en palabras y en Voz. Concluido el sacrosanto sacrificio de la misa me acerqué al enfermo, en unión de una Hermana de la Caridad diciéndole, en tono amistoso: don Julio, le presento esta Hermana de la Caridad, oriunda de Boyacá, como usted que nació en Chiquinquirá, la hermosa tierra de nuestra Virgen nacional, y la Virgen de Chiquinquirá nunca permite que un hijo de su ciudad muera, sin irse al Cielo.

Julio Flórez sonreía plácidamente, henchido de satisfacción. Pasadas unas horas más, en su compañía, me despedí del distinguido enfermo y de todos los allí presentes, regresándome a mi habitual residencia de Baranoa. Durante el camino sentía bullir, en mi espíritu de sacerdote, un mundo de fruiciones que antes no las había experimentado, con tanta intensidad.

Una vez comulgado Julio Flórez, pasó varios días de transitoria calma; pues el cáncer, como buitre famélico, mermaba más y más la fortaleza de su organismo. Por fin, el 7 de febrero de mil novecientos veintitrés, a las diez y media de la mañana, siendo dueño completo de sus sentidos, se despidió tiernamente de su esposa e hijos, diciéndoles: «Vengan que les voy a dar el último beso». Mandó al mismo tiempo, que le acompañaran a rezar, en alta voz, el Padre Nuestro y le trajeran el Crucifijo que en el día de su coronación le ofrendaron los presos de Santa Marta: lo estrechó sobre su corazón y el poeta moribundo dialogaba, como Dimas, con el gran moribundo del Calvario, quedándose dormido eternamente, en la paz del Señor.

Con esa muerte envidiada de Bolívar y de Santander y de Henrique Olaya Herrera, murió Julio Flórez, el más popular de los vates modernos colombianos. A pesar de esperarse de un momento a otro el apagamiento de la vida del poeta, se sintió como un desbordamiento de sorpresa y de pena cuando se esparció la fatal nueva: Julio Flórez ha muerto.

En las horas postrimeras del atardecer, cuando ya la noche se anunciaba prendiendo en el cielo la luz de los luceros, con toda la solemnidad de que la Iglesia Católica hace gala en sus ritos, se le dio sepultura eclesiástica. Un inmenso y abigarrado gentío, formado en su parte por intelectuales de Barranquilla y de otros lugares del país,



El poeta, en una de sus estampas más memorables y recordadas.

escoltaba el modesto ataúd que, a manera de barca solitaria, conducía a la necrópolis los despojos inertes del portalira inmortal. Llegado el cortejo fúnebre al cementerio y verificadas las ritualidades acostumbradas, di la pos trimerá despedida al amigo muerto, cuyas postreras actuaciones han quedado para siempre grabadas en mi alma, como un eco doloroso y cercano, que acrecienta diariamente su sonido, en el altar de los recuerdos.

Por eso he querido desaguar mi corazón de sacerdote, en aras de la amistad y admiración que

profesé al perillustre apolonida chiquinquireño, escribiendo esta breve narración de la última etapa de su vida, la más interesante y gloriosa sin duda, a fin de que sirva de ejemplo y trayectoria luminosa, a las generaciones colombianas del presente y del porvenir. ¡Oh, Julio Flórez!: que el Dios crucificado, con quien moriste abrazado en tus últimos momentos, te hayan trocado con lujo de grandeza y hermosura, la corona percedera que los hombres te ciñeron en la tierra por otra de verdaderos laureles inmortales en los jardines del cielo.



Una pintura hecha en México, en honor al gran poeta colombiano Julio Flórez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL CARIBE

Aprobada institucionalmente por Decreto 2694 expedido por el Ministerio de Educación Nacional

Pregrados

FAC. DE CIENCIAS ADM. ECONÓMICAS Y CONTABLES

ADMINISTRACIÓN DE EMPRESAS
ADM. DE EMPRESAS TURÍSTICAS Y HOTELERAS
CONTADURÍA PÚBLICA
NEGOCIOS Y FINANZAS INTERNACIONALES

FACULTAD DE INGENIERÍA

INGENIERÍA DE SISTEMAS
ING. ELECTRÓNICA Y TELECOMUNICACIONES
INGENIERÍA INDUSTRIAL
INGENIERÍA MECÁNICA
ANÁLISIS Y DISEÑO DE SISTEMAS DE COMPUTACION

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA

PROGRAMA DE DERECHO

FACULTAD DE ARQUITECTURA, ARTE Y DISEÑO

ARQUITECTURA
DISEÑO DE MODAS Y ALTA COSTURA
DISEÑO DE INTERIORES
DISEÑO GRÁFICO
DISEÑO TEXTIL

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO
ENFASIS EN COMUNICACIÓN ORGANIZACIONAL ENFASIS EN COMUNICACIÓN POLÍTICA Y ECONÓMICA
DIRECCIÓN Y PRODUCCIÓN DE RADIO Y TELEVISIÓN
SOCIOLOGÍA